



Á BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO

TRADICIÓN DE TOLEDO

I

Entre pardos nubarrones
pasando la blanca luna,
con resplandor fugitivo
la baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
juguetona no murmura,
y las veletas no giran
entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
la opaca atmósfera cruza,
y unas en otras las sombras
confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
un momento se columbran,
como lanzas de soldados
apostados en la altura.
Reverberan los cristales
la trémula llama turbia,
y un instante entre las rocas
riela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
parecen en espesura,
de fantasmas apiñados
medrosa y gigante turba;
y alguna vez desprendida
gotea pesada lluvia,
que no despierta á quien duerme,
ni á quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
entre la sombra confusa,
y el Tajo, á sus pies pasando,
con pardas ondas la arrulla.

El monótono murmullo
sonar perdido se escucha,
cual si por las hondas calles
hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
cuando á lo lejos susurran
los álamos que se mecen,
las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
que el sueño del triste endulzan,
y en tanto que sueña el triste,
no le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría
como la noche que enluta
la esquina en que desemboca
una callejuela oculta,
se ve de un hombre que aguarda
la vigilante figura,
y tan á la sombra vela,
que entre la sombra se ofusca:
frente por frente á sus ojos,
un balcón á poca altura
deja escapar por los vidrios
la luz que dentro le alumbra;
mas ni en el claro aposento,
ni en la callejuela oscura,
el silencio de la noche
rumor sospechosos turba.
Pasó así tan largo tiempo,
que pudiera haberse duda
de si es hombre, ó solamente
mentida ilusión nocturna;

pero es hombre, y bien se ve,
 porque con planta segura
 ganando el centro á la calle;
 resuelto y audaz pregunta:
 «¿Quién va?»; y á corta distancia
 el igual compás se escucha
 de un caballo que sacude
 las sonoras herraduras.
 «¿Quién va?», repite, y cercana
 otra voz menos robusta,
 responde: «Un hidalgo: ¡calle!»;
 y el paso el bruto apresura.
 «¡Téngase el hidalgo!», el hombre
 replica, y la espada empuña.
 «Ved más bien si me haréis calle,
 repusieron con mesura,
 que hasta hoy á nadie se tuvo
 Ibán de Vargas y Acuña.»
 «Pase el Acuña, y perdone»,
 dijo el mozo en faz de fuga,
 pues teniéndose el embozo,
 sopla un silbato, y se oculta.
 Paró el jinete á una puerta,
 y con precaución difusa
 salió una niña al balcón
 que llama interior alumbraba.
 «¡Mi padre!», clamó en voz baja;
 y el viejo en la cerradura
 metió la llave, pidiendo
 á sus gentes que le acudan.
 Un negro, por ambas bridas
 tomó la cabalgadura;
 cerróse detrás la puerta
 y quedó la calle muda.
 En esto, desde el balcón,
 como quien tal acostumbra,
 un mancebo por las rejas
 de la calle se asegura.
 Asió el brazo al que apostado
 hizo cara á Ibán de Acuña,
 y huyeron, en el embozo
 velando la catadura.

II

Clara, apacible y serena,
 pasa la siguiente tarde,
 y el sol, tocando su ocaso,
 apaga su luz gigantes.

Se ve la imperial Toledo
 dorada por los remates,
 como una ciudad de grana
 coronada de cristales.
 El Tajo, por entre rocas
 sus anchos cimientos lame,
 dibujando en las arenas
 las ondas con que las bate;
 y la ciudad se retrata
 en las ondas desiguales,
 como en prendas de que el río
 tan afanoso la bañe.
 Á lo lejos, en la vega
 tiende galán por sus márgenes,
 de sus álamos y huertos
 el pintoresco ropaje,
 y porque su altiva gala
 más á los ojos halague,
 la salpica con escombros
 de castillos y de alcázares.
 Un recuerdo es cada piedra
 que toda una historia vale,
 cada colina un secreto
 de príncipes ó galanes.
 Aquí se bañó la hermosa
 por quien dejó un Rey culpable,
 amor, fama, reino y vida,
 en manos de musulmanes.
 Allí recibió Galiana
 á su receloso amante,
 en esa cuesta que entonces
 era un plantel de zahares.
 Allí, por aquella torre
 que hicieron puerta los árabes,
 sabió el Cid sobre Babieca
 con su gente y su estandarte.
 Más lejos se ve al castillo
 de San Servando, ó Cervantes,
 donde nada se hizo nunca
 y nada al presente se hace.
 Á este lado está la almena
 por do sacó vigilante
 el conde don Peranzules
 al Rey que supo una tarde
 fingir tan tenaz modorra,
 que, político y constante,
 tuvo siempre el brazo quedo
 las palmas al horadarle.
 Allí está el circo romano,
 gran cifra de un pueblo grande,

y aquí la antigua basílica
 de bizantinos pilares,
 que oyó en el primer Concilio
 las palabras de los Padres
 que velaron por la Iglesia
 perseguida ó vacilante.
 La sombra en este momento
 tiende sus turbios cendales
 por todas esas memorias
 de las pasadas edades,
 y del Cambrón y Visagra
 los caminos desiguales,
 camino á los toledanos
 hacia las murallas abren.
 Los labradores se acercan
 al fuego de su hogares,
 cargados con sus aperos,
 cansados de sus afanes.
 Los ricos y sedentarios
 se tornan con paso grave,
 calado el ancho sombrero,
 abrochados los gabanes;
 y los clérigos y monjes,
 y los preladados y abades,
 sacudiendo el leve polvo
 de capelos y sayales.
 Quédase solo un mancebo
 de impetuosos ademanes,
 que se pasea ocultando
 entre la capa el semblante.
 Los que pasan le contemplan
 con decisión de evitarle,
 y él contempla á los que pasan
 como si á alguien aguardase.
 Los tímidos aceleran
 los pasos al divisarle,
 cual temiendo de seguro
 que les proponga un combate;
 y los valientes le miran
 cual si sintieran dejarle
 sin que, libres sus estoques,
 en riña sonora dancen.
 Una mujer, también sola,
 se viene el llano adelante.
 la luz del rostro escondida
 en tocas y tafetanes;
 mas en lo leve del paso
 y en lo flexible del talle,
 puede á través de los velos
 una hermosa adivinarse.

Vase derecha al que aguarda,
 y él al encuentro la sale,
 diciendo.... cuanto se dicen
 en las citas los amantes.
 Mas ella, galanterías
 dejando severa aparte,
 así al mancebo interrumpe
 en voz decisiva y grave:

—Abreviemos de razones,
 Diego Martínez; mi padre,
 que un hombre ha entrado en su ausen-
 dentro mi aposento sabe; [cia
 y así, quien mancha mi honra,
 con la suya me la lave:
 ó dadme mano de esposo,
 ó libre de vos dejadme.—

Miróla Diego Martínez
 atentamente un instante,
 y echando á un lado el embozo,
 repuso palabras tales:
 —Dentro de un mes, Inés mía,
 parto á la guerra de Flandes;
 al año estaré de vuelta,
 y contigo en los altares
 honra que yo te desluzca,
 con honra mía se lave,
 que por honra vuelven honra
 hidalgos que en honra nacen.
 —Júralo, exclamó la niña.
 —Más que mi palabra vale
 no te valdrá un juramento.
 —¡Vive Dios, que estás tenaz!
 —Dalo por jurado, y baste.
 —No me basta, que olvidar
 puedes la palabra en Flandes.
 —¡Voto á Dios! ¿Qué más pretendes?
 —Que á los pies de aquella imagen
 lo jures como cristiano,
 del santo CRISTO delante.

Vaciló un punto Martínez,
 mas porfiando que jurase,
 llevóle Inés hacia el templo
 que en medio la vega yace.
 Enclavado en un madero,
 en duro y postrero trance,
 ceñida la sien de espinas,
 descolorido el semblante,